

La Sexualidad en la Teoría Analítica (lógica del objeto y subjetividad)

«Pero, ¿qué puede ser una vida que comienza entre los gritos de la madre que la da y los lloros del hijo que la recibe?».

Baltasar Gracian

Afirmar, en las postrimerías del siglo xx, que Freud osó levantar el velo de la inocencia infantil preconizada por el romanticismo del siglo xix provocando un cierto malestar en la cultura de las luces, no hará retroceder al inocente.

En el seminario *La ética del psicoanálisis* Lacan reflexiona sobre la necesidad de estudiar el porqué del apogeo del «niño» en el siglo xix. A su vez Antonio Machado en su discurso de ingreso a la Real Academia de la Lengua (1931), encuentra en la razón kantiana el retorno de la verdad que revela la estructura ideal del sujeto del conocimiento en su lucha con el objeto preconizado por el movimiento romántico del siglo xix.

Sólo el hombre del ochocientos se confiesa —*enfant du siècle*—, la vida es el ser en el tiempo y todo lo que vive es. Machado se burla irónicamente de esta filosofía de la presencia del ser. Esta filosofía para andar por casa en tanto religión no confesada, va acentuando el culto al yo sensible en su individualidad psicológica mediante la invención de un mundo interior en el que lo más individual es lo más universal ¹.

En *Introducción al narcisismo*, el «niño», dice Freud, habrá de ser de nuevo el centro y el nódulo de la creación: «*His majesty de baby*». Jugar a sostener la majestad de los padres es en *La novela familiar del*

1 Cf. A. Machado, «Prólogo» a *Juan de Mairena* (Ed. Castalia, Madrid).

neurótico sostenerse como yo ideal en relación a un ideal del yo desde el que se es amado. La novela familiar al desdoblarse la figura del padre, ¿no hace incierta una supuesta certidumbre de ser dada por la familia? El mito sobre los orígenes ¿no cubre ese agujero en lo real que la familia certifica?

¿Cómo obliterar este real que el discurso de la ciencia patentiza?, ¿Cómo hacer oídos sordos a esta oferta imperativa de un discurso médico que se propone atravesar las barreras de lo imposible de la creación? Las técnicas de reproducción asistida han llevado al límite el no-encuentro carnal previo al embarazo. La reciente publicidad de que en el Reino Unido una mujer virgen está a punto de ser madre ha organizado un pequeño revuelo en las legislaciones europeas que difieren entre sí.

Sin embargo, en los países que disfrutan de una legislación civil avanzada, nada impide que parejas de homosexuales femeninos o masculinos accedan a la paternidad legal de un niño y, por otro lado, es cada vez más frecuente que una mujer sola, sin la presencia de un varón a su lado demande someterse a las técnicas de inseminación artificial acentuando el registro de contingencia que el padre tiene en el deseo de la madre.

En estos casos en que la dimensión de «tener un niño» emerge nítidamente separada de la función sexual del coito, podemos situar la actualidad del discurso freudiano: los niños ocupan un lugar de objeto privilegiado en el deseo inconsciente de los adultos.

Entre la demanda que la mujer hace a la medicina y su deseo de niño, es preciso tener en cuenta la presión social que se ejerce sobre la mujer para que ésta se identifique a la madre a través de su síntoma particular: el hijo.

Tener un niño de la ciencia es un fantasma moderno, como también lo es el constante empuje a que los hombres hagan de madre, ya sea mediante su colaboración activa en las técnicas de preparación al parto, o siendo requeridos en el momento del alumbramiento y participando después en la crianza del bebé.

Es irrefutable que entre el sexo y el padre se produce una separación más y más amplia, hasta el punto de que una pareja de homosexuales femeninas pueden conseguir, mediante la inseminación artificial, con el soporte del deseo de la ciencia, ser padres.

Este empuje a la madre, que recae tanto sobre la mujer como sobre el varón, encuentra su contrapartida —el deseo de muerte— en las reivindicaciones que las feministas «gociferan»: ¡queremos el aborto!

La respuesta masculina a este imperativo queda reflejada en la creciente demanda de vasectomía. ¿Cómo no escuchar en este pedido de «ser esterilizado» que un varón solo puede acceder a la paternidad en la articulación de un discurso materno? Es a la madre de la infancia y no a la madre actual, la esposa, a la que se dirige el amor inconsciente del hombre.

Primer objeto de amor para ambos sexos, y por esta razón, residuo de la primera relación de objeto, la madre ocupa en lo real de la estructuración subjetiva inconsciente el privilegio de una satisfacción que se perdió. Esta pérdida de goce mítica, posibilita la aparición de objetos del deseo que, en una sucesión metonímica, ocuparán este lugar vacío de la falta de satisfacción.

Del lado masculino, la degradación general de la vida amorosa demuestra que un clivaje entre la madre y la mujer se ha producido: Si las aman no pueden desearlas, si la desean no pueden amarlas²: Esta es la resolución general al complejo de castración que introduce el Edipo.

Supongamos —escribe Freud— «que el yo del niño se halla bajo la influencia de una exigencia instintiva (autoerótica) poderosa que se halla acostumbrado a satisfacer y que súbitamente es asustado por una experiencia que le enseña que la continuación de esta satisfacción traería consigo un peligro real casi intolerable»³. Frente a esta amenaza el niño se encuentra en un *vel* sin salida que lo empuja a reprimir la corriente sensual de la libido y mantener solamente la vía de la ternura hacia la madre.

El complejo de castración sitúa al niño frente a un *vel* exclusivo;

a) O reconocer el peligro real —la amenaza de castración— y renunciar a la satisfacción que presupone el amor a la madre.

b) O negar la realidad del peligro y seguir con la satisfacción.

En la práctica —dice Freud— el niño no elige, dicho de otra manera: toma ambas vías al mismo tiempo, lo cual es también una elección. Por un lado rechaza la realidad del peligro y no acepta la prohibición y por el otro reconoce el peligro existente.

Esta solución ingeniosa consiste en convertir el *vel* exclusivo en un *vel* inclusivo: sigue con la satisfacción inconsciente y muestra respeto a la realidad de la prohibición.

Pero esta elección tiene un precio y el éxito se logra a costa de un desgarrón del yo que nunca se cura y que se profundiza con el paso del tiempo. Del lado de la realidad, el niño asiente a la diferencia de

2 Cf. S. Freud, 'Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa', en *Obras Completas*, vol. XXIV (Amorortu, Buenos Aires 1986).

3 S. Freud, *La escisión del yo en el proceso defensivo*, e.c., vol. XXIII, p. 275.

los sexos según la métrica fálica. Algunos tienen pene y otros están castrados, pero en el inconsciente se mantiene la creencia Universal en el falo.

Del lado femenino, al decir de Freud: cuando en el análisis encontramos un lazo particularmente intenso en la relación al padre, encontramos siempre una fase anterior en la cual este lazo ha sido a la madre ⁴. Para la mujer, la ligazón al padre es la herencia de un primer lazo indestructible con la madre.

En ambos casos, el abandono de este primer objeto de amor se produce parcialmente mediante el desplazamiento de cadenas metonímicas cuya regla es la sustitución. Freud encuentra en el juego infinito de sustituciones la metonimia del deseo que produce tanto la posibilidad de encontrar objetos como la fijación a un objeto insustituible.

Si la demanda de amor es simétrica en ambos casos —tener un hijo de la madre fálica— la resolución al conflicto edípico es divergente.

Para el varón, por el clivaje del objeto se trata de «tener» a la madre en el inconsciente, mientras que del lado femenino para Freud, la salida del edipo en tanto feminidad conseguida se sitúa más bien del lado de «ser» la madre, mediante la identificación por el hijo.

Sin embargo, para Freud, es el abandono de este objeto por parte de la niña lo que se presenta como un enigma, ya que si ella puede entrar en el complejo edípico, es porque la función de la castración imaginaria en la madre ya ha operado: «el motivo de la destrucción del complejo de Edipo en la niña nos escapa (...) puede ser abandonado lentamente, liquidado por la represión, pero sus efectos pueden ser diferidos en la vida normal de la mujer» ⁵.

Por esta razón, ofrece tres posibles vías de salida, tres formaciones de compromiso al final del complejo, en la confrontación a la falta materna.

1. EL ABANDONO GENERAL DE LA SEXUALIDAD

En esta resolución, la más arcaica según Freud, la niña renuncia a la demanda dirigida hacia la madre y a la satisfacción masturbatoria; rechaza su amor dirigido a la madre fálica y reprime con ello gran parte de sus impulsos sexuales. El complejo de castración la

⁴ Cf. S. Freud, *Nuevas conferencias de introducción al Psicoanálisis* (Conferencia n.º 33), e.c., vol. XXII.

⁵ S. Freud, *El sepultamiento del Complejo de Edipo*, e.c., vol. XIX, p. 186.

deja en el profundo sentimiento de desvalorización hacia la mujer que tiene como consecuencia su apartamiento en la vida sexual.

2. EL COMPLEJO DE MASCULINIDAD

En esta resolución, la niña produce el viraje de la demanda hacia el padre como portador de las insignias fálicas. El puede darle aquello que a ella le falta, bajo la forma del hijo. Esta demanda está condenada al fracaso bajo la forma de la decepción en la espera de aquello que no llega. Esta espera, en lugar de reforzar la demanda, avoca a la renuncia y produce la identificación al Otro paterno que tiene la posibilidad de negarle la satisfacción anhelada. Se constituye así un ideal de renuncia que en verdad esconde un ideal de auto-suficiencia que se encuentra frecuentemente en un determinado tipo de mujeres que se sienten perfectamente satisfechas de sí mismas y que agradan a los hombres porque no los angustian con sus demandas constantes.

3. LA ACTITUD FEMENINA NORMAL

En esta resolución, la niña queda fijada a la demanda incluso si la desplaza hacia figuras sustitutivas del padre. Sabe que no posee el falo y sabe a ciencia cierta dónde encontrarlo. Esta persistencia en la demanda, deja a la mujer en la dependencia de un Otro real de quien espera la satisfacción. En este caso, en que el objeto de amor y el objeto de satisfacción coinciden, la mujer queda suspendida al Otro por la angustia de la pérdida de amor que equivale al posible rechazo de su demanda de falo.

Freud correlaciona los avatares de la identificación y la sexualidad en ambos sexos a la primacía del falo. En esta lógica, Lacan reformula el sujeto del inconsciente como el predicado de una función única para ambos sexos, la primacía de un significante: el falo, que otorga significación al deseo del Otro. La falta en el Otro materno opera como función de reenvío a la triangulación edípica e introduce al sujeto en la dimensión del deseo porque el órgano real está marcado por esta falta imaginaria del lado femenino y su símbolo tiene un valor significante.

Las resoluciones edípicas en la teoría freudiana llegan a un *impasse* lógico del sentido ligado a la significación fálica. Para el niño, la roca de la castración; para la niña, los avatares de la demanda centrados en el *penisneid*.

Lacan retoma este *impasse* y en su propuesta a un retorno al sentido freudiano hace avanzar la formalización analítica en un más allá

de la significación fálica del complejo de castración. La insistencia de la repetición, la reacción negativa a los efectos terapéuticos en la cura, evidencian un real que resiste e insiste al desplazamiento de las cadenas significantes en los síntomas, haciendo escuchar la verdad de un goce que resiste al saber del sujeto de las representaciones.

El punto de real que no ha sido subsumido por la significación fálica, y que Freud denominó lo pre-edípico de las pulsiones parciales, constituye el consuelo fantasmático de la falta en ser del sujeto de las identificaciones. Es esta fantasmagoría de «ser» en tanto objeto de un goce del Otro el lugar en que el sujeto se unifica, al tiempo que inventa un Otro de la consistencia del saber mediante una hipótesis determinista sobre sí mismo, consistente, para el neurótico en situar a los padres, ya sea al padre o a la madre como encarnación del Otro, en el lugar de la causa de las faltas de ser y la falta de saber.

LA FAMILIA Y LOS PADRES

Situar la sexualidad infantil en las coordenadas actuales de la clínica analítica precisa de una reflexión —que por su amplitud, no desarrollaremos aquí— sobre la contracción que la familia ha venido sufriendo desde la instauración del derecho romano familiar cuyas amplias bases sustentaban el mantenimiento de los apellidos y los derechos de sucesión, limitándose más y más a la célula mínima de la pareja, a la familia conyugal, como la denomina Durkheim.

La seguridad, la capacidad de imponer disciplina, de inspirar temor, es decir, las insignias ideales que se agrupan bajo el término de autoridad y que otrora estaban encarnadas en la figura del *pater familias* han sufrido un proceso de declinación a lo largo del siglo, cuya verdad sintomática retorna en estos «hijos de la ciencia» concebidos gracias a la multiplicación de bancos de esperma, pasando por la congelación de embriones, fecundación *in vitro*, alquiler de vientres, y la continua investigación y manipulación genética.

En 1938 Jacques Lacan escribe un texto para la *Encyclopédie Française* cuyo tema general es *La vida mental de la infancia a la vejez*. En este ensayo titulado *Los complejos familiares* sitúa la aparición misma del discurso psicoanalítico en esta «declinación de la *imago paterna*» condicionada, entre otras causas, por el retorno sobre el individuo del proceso social.

«Cualquiera que sea este futuro —escribe—, esta declinación constituye una crisis psicológica. Quizás la aparición misma del psi-

coanálisis deba relacionarse con esta crisis. Es posible que el sublime azar del genio no explique por sí sólo que haya sido en Viena —centro entonces de un Estado que era un *melting-pot* de las formas familiares más diversas, desde las más arcaicas hasta las más evolucionadas, desde los últimos agrupamientos agnáticos de los campesinos eslavos hasta las formas más reducidas del hogar pequeño burqués y hasta las formas más decadentes de la pareja inestable, pasando por los paternalismos feudales y mercantiles— el lugar en el que un hijo del patriarcado judío imaginó el complejo de Edipo. Como quiera que sea, las formas de neurosis predominantes a fines del siglo pasado son las que revelaron que dependían en forma estrecha de las condiciones de la familia»⁶

Treinta años después, Lacan pondrá el acento en los problemas éticos que ha introducido el discurso de la ciencia en las relaciones entre el hijo y la madre, mediante esta creación moderna de una nueva pareja, que excluye o deja en segundo plano la presencia masculina del padre, no solamente como genitor, sino como el portador de los emblemas de la ley universal de la prohibición del incesto a la cual Freud dio función de límite al deseo de la madre.

Este desplazamiento de discurso producido en lo real, introduce una distorsión en la red simbólica que antecede al nacimiento del ser de lenguaje humano, tanto en el orden de los significantes ideales que le anteceden en el deseo de los padres como en el lugar que vendrá a ocupar en el discurso en tanto metáfora de este deseo.

El analista, en su función y por su presencia, está implicado en la dificultad del ser-para-el-sexo al que todo neurótico se enfrenta en la subjetividad que introduce la demanda que articula el deseo inconsciente. ¿Cómo ir más allá para avanzar en el callejón sin salida que la civilización impone al individuo mediante la proliferación de objetos de goce *ready made* que pretenden colmar y estandarizar el deseo humano?

Lacan recuerda a los psicoanalistas reunidos en unas Jornadas⁷ en las que se exponen distintas orientaciones sobre la investigación en el tratamiento de las psicosis infantiles —es precisamente en esta estructura subjetiva donde aparecen con más nitidez los efectos devastadores de la primacía de un goce real que no ha sido coordinado a la significación fálica que la ley de la castración opera entre el deseo de la madre y el niño como su producto— que la obra freudiana devolvió a la ética su lugar central pues, al igual que toda forma-

6 J. Lacan, *La familia* (Ed. Argonauta, Barcelona 1978) pp. 93-94.

7 J. Lacan, 'Discurso de clausura de las Jornadas sobre Psicosis en el niño', *El Analítico*, 3 (1987).

ción humana, tiene como esencia refrenar el goce nocivo tanto para el individuo como para la civilización. Pero a diferencia de las deontologías, que siempre están situadas en un punto de exterioridad respecto a las disciplinas a las que se aplican, la ética freudiana está en el corazón de la experiencia misma porque centra las estructuras clínicas y los tipos de neurosis —histeria y obsesión— en la elección forzada respecto de la ley y el deseo.

El conflicto que Freud circunscribe en la sexualidad humana compromete la relación del sujeto con una satisfacción que es particular, que no puede ser subsumida en ninguna ética que proponga un bien universal, igual para todos.

Después de este recordatorio, Lacan introduce la actualidad del discurso de la ciencia, basado en la libertad supuesta al derecho del individuo al usufructo de goce de su cuerpo. En este punto queremos marcar la diferencia radical con el psicoanálisis, ya que en éste el sujeto se debe a ley del deseo, mientras que el discurso de la ciencia promulga el derecho al goce propio de la ley caprichosa de cada quien.

Esta oferta ha encontrado ecos en ciertos sectores de la población femenina que sustenta sus reivindicaciones en la creencia de una igualdad entre los sexos, sin percibir que aquello que encubre no es otra cosa que una oferta de amo que, aun presentándose como democrático —en nombre del bien del otro—, muestra la prevalencia radical del poder de la demanda.

No podemos menos que decir que en esta alocución, Lacan marca con clarividencia lo que hoy son cuestiones fundamentales a debate en los recién creados tribunales de ética científica, a saber: «Problemas: El derecho a nacer, por una parte. Pero también en la línea de 'tuyo es tu cuerpo', con lo que se vulgariza a comienzos de siglo un adagio de liberalismo. La cuestión está en saber si, por el derecho de la ignorancia en que es mantenido ese cuerpo por el discurso de la ciencia, habrá derecho luego a hacer pedazos ese mismo cuerpo para el intercambio (...). ¿Vamos a atrapar la consecuencia de esto con el término de: *el niño generalizado?*»⁸.

¿Acaso no es en nombre de este «niño generalizado» como las instituciones educativas se ven avocadas a un proceso de segregación sin límites, veladas por dispositivos de selección a la entrada, en el intento inútil de sostener un ideal de aprendizajes y evaluaciones que arrojan un saldo de fracasos cada vez más estrepitoso?

La neurosis es una pregunta que el sujeto hace con su ser por la elección forzada en relación a un goce que no puede ser dicho por el discurso.

¿De quién es entonces la pregunta sobre el «ser» del niño? En algunos casos son los padres confrontados a sus ideales, en otros casos fueron los mismos analistas los que, al intentar plantear la pregunta, dieron ya una respuesta. El caso de Ana Freud es uno de ellos, sin embargo, hay que decir que ella no oculta sus cartas y propone un análisis de tipo pedagógico que, al estar regido por las exigencias de la cultura, elabora ideales de universalidad que propone como «naturaleza» frente a lo particular de cada niño.

Un niño «oficial» —afirma Freud— acepta lo que el adulto dice de la sexualidad, pero mediante la escisión se mantiene en la certeza clandestina que le aportan sus fantasías.

NO TODO EL SABER PASA A LO REAL

C. Lévi-Strauss en *Las estructuras elementales de parentesco* demuestra que los estudios etnológicos sobre los agrupamientos culturales ponen en evidencia un asunto fundamental para cualquier forma de organización humana: la delimitación entre lo permitido y lo ilícito.

Esta alternancia significativa, S1 (aquello que puede ser posible), S2 (lo imposible de ser pensado), es una invariante constante en los discursos.

Es cierto que los contenidos de lo permitido y lo ilícito son extraordinariamente variables de una cultura a la otra; así lo que para una es causa de horror puede serlo de burla o incompreensión para otra. Pero lo que los estudios reseñados demuestran es que la diferencia entre naturaleza y orden social viene dada por la introducción de un símbolo: la negación que limita la posibilidad del todo mediante la prohibición.

Ninguna sociedad humana acepta todos los modos posibles de goce sexual, de la misma manera que ninguna sociedad los excluye a todos.

Freud inventa el último mito moderno, *Totem y Tabú*, en el que el símbolo de la negación está ligado al asesinato del padre primordial de la horda. Según el mito, es en un segundo momento, por la incorporación del padre muerto, cuando los hijos de la tribu se imponen, mediante la obediencia retroactiva, el tabú sexual concerniente a las

mujeres que habían sido objetos de goce para el padre. Así pues, para la teoría analítica, la posibilidad del deseo está ligada a lo que Freud denominó, para desconcierto y rechazo de sus congéneres, «pulsión de muerte» en tanto oposición externa a la libido; dicho en otras palabras: la reproducción sexuada insta un lazo entre el lenguaje y la muerte, en tanto acceder al discurso está en relación directa a la pérdida y a la castración. «La palabra es la muerte de la cosa» —dice Hegel—: por la intervención del registro simbólico el ser parlante pierde irremisiblemente la relación directa a las cosas que hacen a la simplicidad orgánica o vegetativa.

Las investigaciones del estructuralismo pusieron de manifiesto que el mito, lejos de explicar alguna cosa, tiene la función de ordenar mediante organizaciones significantes las antinomias de ciertas relaciones psíquicas, es decir, de poner en correlación la oposición entre dos leyes o dos lugares de una misma ley.

Freud recurre al mito para dar cuenta de una de las antinomias fundamentales en los sujetos de lenguaje, para explicar precisamente que el lugar en que la cría humana aprende a vincularse con los semejantes rige la prohibición del vínculo. La estructura familiar es el punto nodal de los primeros encuentros con los objetos de amor en el sentido sexual del deseo, se sostiene desde la interdicción de la relación sexual: «La sociedad sólo permite la perpetuación de la familia en el seno de una red artificial de prohibiciones y obligaciones»⁹.

En 1969, Lacan explica por qué la familia conyugal ha sobrevivido al fracaso de las utopías comunitarias: «la función de residuo que la familia conyugal sostiene (a la vez que mantiene) en la evolución de las sociedades, pone de relieve lo irreducible de una transmisión— que es de un orden bien distinto que el de la vida según las satisfacciones de las necesidades vitales— pero que es de una constitución subjetiva que implica la relación con un deseo que no sea anónimo»¹⁰.

Lo que está en juego en la estructura familiar no son las necesidades vitales, que pueden muy bien ser colmadas en otro orden de convivencia, como la comuna por ejemplo, o cualquier institución de tipo sanitario, sino la transmisión de un deseo, articulado a las cadenas significantes —no anónimo— de la ley de filiación e intercambio. Es desde la óptica del deseo como el psicoanálisis considera las funciones de la madre y del padre.

9 C. Lévi-Strauss, in 'Prólogo' a A. Burguière y C. Hlapich-Zuber, *Historia de la familia*, vol. I (Alianza Ed., Madrid 1988) p. 13.

10 J. Lacan, 'Discurso de clausura...', p. 16.

La función de la madre, en la medida en que sus cuidados llevan la marca de un interés particularizado, aunque sólo fuese por la vía de sus propias faltas ¹¹.

La marca que recae sobre el niño, a partir de deseo de la madre en la relación de cuidados, está orientada por sus faltas en ser que se estructuran en tres registros:

1.º El de la privación real de un objeto por la función simbólica del falo como significante del deseo.

2.º El de la frustración imaginaria en tanto operación del Otro simbólico, al que la niña pide el falo real bajo la forma del niño.

3.º El de la castración simbólica del falo como objeto imaginario, que se atribuye al padre real en cuanto es portador del atributo fálico.

A estas faltas de estructura es preciso añadir el interés particular de su *plus* —de goce—, del resto de la operación de castración que no ha sido ligado a la significación fálica, el goce sin-sentido de la dimensión objetal que la madre ha sido para el Otro.

«Es preciso —señala Lacan en 1960— que a la necesidad se añada la demanda para que el sujeto haga su entrada en lo real, a la vez que la necesidad se hace pulsión, por cuanto su realidad se oblitera al hacerse símbolo de una satisfacción de amor. Es la demanda del Otro, en tanto discurso que ya estaba desde el principio, aquello que convierte la necesidad en pulsión, haciendo opaca la realidad porque la necesidad es elevada a la categoría de símbolo. Las pulsiones mitologizan lo real al simbolizarlo» ¹².

En los primeros cuidados, el registro biológico de la necesidad se pierde porque la respuesta del niño al deseo pulsional que se articula en la demanda de la madre es significado por ella como una satisfacción de amor. Esta satisfacción primera produce en el Otro de la demanda un clivaje que lo divide entre un otro de los cuidados y el otro del deseo. Simultáneamente, para la madre, el cuerpo biológico del niño se pierde en tanto tal y adquiere sentido, es decir, es investido narcisistamente como totalidad por un lado y, al mismo tiempo, según esta marca que le es propia, determinadas partes del cuerpo del niño son convertidas en zonas erógenas.

La función significativa implícita en el circuito de la demanda divide al sujeto, contrariamente a lo que supone la psicología, intro-

¹¹ Cf. *ibidem*.

¹² J. Lacan, 'Observaciones sobre el Informe de Daniel Lagache: «Psicoanálisis y estructura de la personalidad»', in *Escritos*, vol. II (Ed. Siglo XXI, México D.F. 1980) p. 276.

duce una heteronimia respecto al cuerpo mediante la dialéctica del deseo y la fijeza de la pulsión.

La función del padre «en tanto su nombre es el vector de una encarnación de la Ley en el deseo»¹³.

El significante del Nombre-del-padre se vectoriza en dos registros; de un lado, mediante la preinscripción, ordena el lugar del niño al otorgarle un derecho de ciudadanía en tanto ser sexuado y un lugar en el orden de las generaciones que sustenta la función de los ideales ligados a la cultura; de otro, mediante la prescripción de las formas de goce permitidas: esta función es doble ya que, al tiempo que prohíbe al objeto primordial y lo indexa como causa del deseo, delimita y circunscribe las formas del goce socialmente aceptadas (tomamos aquí el término *prescripción* en el más amplio sentido jurídico, o sea como el acto por el cual un sujeto cesa en la obligación de una cosa corporal o material).

Cuando el niño se dirige al deseo de la madre, que representa al Otro real de la demanda para colmar su falta en ser, encuentra allí la ley del Otro encarnada en esta figura paterna que priva al niño del objeto de su deseo y da al deseo del Otro primordial una significación fálica que coordina ese deseo enigmático a la ley de la castración.

El niño encuentra a la madre como un ser de lenguaje: mucho antes de que el niño acceda a la palabra el lenguaje le pre-existe como elemento tercero entre su cuerpo y el Otro primordial.

Esta pre-existencia de lo simbólico introduce, por un lado, toda la problemática de la relación de la madre a la enunciación de la ley en tanto mediación de algo que está más allá de su deseo, y por otro, aquello que Freud denominó «elección de la neurosis» es decir, la decisión del sujeto de consentir o rechazar la enunciación de la ley que humaniza el deseo materno, haciendo aparecer sus faltas.

El discurso analítico verifica caso por caso si esta ley ha sido o no aceptada por el niño —ya que los dichos de autoridad no tienen otra garantía que su enunciación— como la función que priva a la madre de algo que no tiene existencia, que existe sólo en tanto metáfora de este deseo causado por la falta. Hay diversas modalidades de respuesta de este efecto de significación en lo real que es el niño. Según la posición subjetiva en la decisión de ser, las identificaciones pueden o no ser operativas.

La función del significante en la constitución de la causalidad psíquica inconsciente inscribe a la clínica analítica en la gama de las

13 J. Lacan, 'Discurso de clausura...', p. 16.

posiciones del «ser» que Freud delimitó en tres estructuras clínicas: neurosis, perversión y psicosis.

Cuando Lacan apuesta, frente al discurso de la ciencia, por la función de residuo que la familia sostiene en la sociedad es porque los padres reales del niño tienen por función dar soporte a la diversidad de figuras imaginarias de un Otro del lenguaje que se ordena en términos simbólicos al que el sujeto dirige su pregunta «¿qué soy yo como objeto en el deseo? ¿en las significaciones de existencia, de sexualidad y de muerte?».

Preguntas que ciertamente son neuróticas, ya que suponen la posibilidad de un Otro que podría responder pero que configuran el entramado de los discursos sociales que hacen vínculo al sostener en forma fatasmática que quizás *algo...* existió de una relación sexual entre las generaciones que dio un sentido a la vida, constituyendo lo que Lacan llamó la pasión fundamental del neurótico: justificar su existencia.

Es cierto que la presencia del niño en el dispositivo analítico extravió a varias generaciones de analistas y que la idea de «niño» se transformó a partir de la lectura que de Freud hicieron Ana Freud y Melanie Klein. Por esta razón, la enseñanza de Lacan, que apunta a la estructura que la fenomenología eclipsa, alerta a los analistas de la tentación de caer en ideas fenomenológicas de acceso a la realidad mediante la observación.

La diferencia entre adulto/infantil no es cronológica, es tópica. En *Los recuerdos encubridores* dice Freud que no hay recuerdos infantiles, sino recuerdos referidos a la infancia; con lo cual la infancia queda definida como «lugar de referencia de los deseos».

¿Qué es un niño para el discurso analítico?: es el resultado de la articulación mediante la cual el ser de objeto del niño se encuentra con su valor significante en una lógica del fantasma, en la que la diacronía de esta estructura se confunde con las funciones parentales cuya realidad histórica y sociológica no debe ser ignorada.

ROSA M. CALVET I ROMANI